

Amor y educación

“El maestro tiene la exigencia de la personalización de sus respuestas. Aunque no lleva ciencia cierta, su formación tendría que haberlo capacitado para reflexionar en la acción. Debe aproximarse, acercarse a cada niño desde lo que su experiencia personal le dice y procurando escuchar el lenguaje sin palabras con el que se expresa el niño. Y debe reflexionar sobre sí mismo, tiene que ser consciente del modo en que es percibido, de la manera en la que impacta, en la que trasciende. Está obligado a mirar al otro, no puede permanecer dominado por el horizonte bidimensional de su pizarra. Su preocupación mayor ha de ser la construcción que el niño hace de su propia percepción. Esto, creo yo, es lo fundamental. Puede no aprenderse infinidad de conocimientos, no importa; siempre habrá tiempo para lograrlos si se quiere. Pero lo que puede ser muy difícil de olvidar es el



“Puede no aprenderse infinidad de conocimientos, no importa [...] Pero lo que puede ser difícil de olvidar es el sentimiento de incapacidad que un mal maestro deja en el alma del niño”.



sentimiento de incapacidad que un mal maestro deja en el alma del niño. Si no logramos el aprendizaje, por lo menos dejemos intacta la valoración que el niño tiene de sí mismo. Que nos responsabilice a nosotros, a nuestra torpeza, al fracaso de la escuela, de quienes debieron motivarlo y enseñarle mejor.

Que no cargue con la frustración porque a esa edad puede cerrarse sólidamente el interés, las ganas, la confianza en el esfuerzo personal [...]. Para terminar, quiero contarles que hace unos años aparecí en un programa de televisión y me vio un hermano marista que había sido mi profesor en primaria. Y me escribió un e-mail. Me decía que siempre había sabido que yo era muy talentoso y que se sentía orgulloso de mí. Yo le respondí una sola frase: Querido hermano, me lo hubiera dicho hace 45 años”.

[Inédito de Constantino Carvallo]